

Al fondo, sobre la paredaña cueva
de Las Margaritas, la Capilla Sixtina
chiapaneca donde pintaron
la frontal simetría de Zapata:
chaqueta y corbatín, en la mano
derecha garfio de hoz campesina;
a pie, junto al caballo pidiendo su jinete,
en el oscuro fresco blanco
la sombra de su pasamontañas.
Casa ejidal, albergue de los muchos
que se afanan sobre la geometría de la tierra,
donde crece el jilote como grano de jade
despeinado.

Todo el poder del fruto dimana de la tierra,
como todo el poder del pueblo de la tierra dimana.
La soberanía en el pueblo reside
y toda la tierra es residencia.
En la casa ejidal, algunos leían
el Zapata de Womak
(pero no todos quedaban convencidos).
Los gobernantes más podridos
dieron en la manía
de ponerle a sus hijos «Emiliano».
Ya están todos los créditos y los descréditos:
sólo falta saber ¿quién?
sin estar en la nómina de los obispos mitrados
fue el Miguel Ángel
que eternizó a Zapata
en la Capilla Sixtina
de la selva de Chiapas.

IV

MATERIALES PARA UN RETRATO DE ZAPATA

1
Alhelíes para tu bigote
de alacrán de pólvora,
y bajo el ala del castor,
la plata negra
de la mirada.

A duras penas
las armas en la mano: un plan
de bienestar para la gente.

Tu caballo, señor de las caligrafías,
del relincho de oro y el espadón de borlas;
del empuñado rifle.

La brisa de cañaduz
—tierna de alcohol—
la mañana del asalto.

A golpe tendido
vienes de Villa Ayala
en un pincel de sombra.

Aire, el júbilo
de toda letra impresa.
Nada de componendas,
sólo sonrisas de maíces podridos
reclutando las firmas:
— Esos que no tengan miedo
que pasen a firmar.

Sobre la lengua unánime
de azúcares disueltos, los ríos de saliva
donde flotan fantasmas.

A tatuar la piedra:
el brazo donde duerme la historia,
palabras de trapiche y cunyaya
en la casa habitada por rones
y melazas.
Noches de lúnulas de arroz
en cascarillas de mitos insurgentes.

2

Carcomida por panojas de luz
—llaga de lumbre la tierra levantada—
en Chinameca fue, Manto de la Verónica;
cabeza sin raíz,
lenta de plomo, desplomada;
relámpago de polvo
el pensamiento:
fuga confusa
en templetos de aire;
ayes de greñas deshilachadas
y el párpado caído,
por la moneda
pesando en la mirada.

Las sombras de magnesio
ponen en movimiento
fantasmas de ceniza.

Corre el rumor como un caballo
desbocado, que regresa
—inmóvil—
en su galope de palabras.

V

TOJOLABAL CON RIFLE DE MADERA

Huyó tojolabal (la dura patria
del cacique, del cólera, del hambre),
tejió canastas, se comió su estambre
y anidó en los rincones de la patria.

Le quitaron la tierra, la justicia,
el crédito, los dioses y la entraña
(ni alfabeto ni pan en la montaña)
del sistema, la burla meretricia.

Estaba en el asfalto —¡mala suerte!—
su marimba de huesos, canta y chifle,
contando cicatrices como mapas.

Y preguntéle a la cabrona Muerte:
—¿Qué pasó con el indio?

—Talló un rifle,
y ayer armado se peló pa' Chiapas.

VI

PARA ESPANTAR BORREGAS

Rayas de luz
bengalas trazadoras
aire-tierra:
relámpagos que bajan
de la raíz del aire
parpadeos de lumbre
que abren los ojos de la ojiva
para mirar los bultos.

La madre de las etnias
junta sus pedazos de niño
en caja de cartón
y corre por lodazal de lágrimas.

El general de tres estrellas
explica:

«son fierrazos para espantar borregas».
Los organismos fueron Legión
de innumerables manos.

El movimiento se llamó Ejército
y el ejército era de Liberación Nacional;
el Consejo Clandestino de indios
se organiza en organización compleja
y en estrategia simple:

«ya hemos decidido morir,
ahora nos toca determinar
la forma de hacerlo».

Toda la maquinaria de la guerra
en lucha por los derechos indios
se echó a andar
contra el Enano del Tapanco:
los rifles de repetición
y los de palo;
la máquina de hacer comunicados:

«Para todos, todo. Nada para nosotros».

No era la guerra del poder,
sino del crimen (los indios,
las manos amarradas con alambre

a las espaldas
y el tiro de desgracia por la nuca
en la revuelta del Mercado).

La primera *Declaración de la Selva*
Lacandona decía en diez puntos:

- 1 techo
- 2 tierra
- 3 trabajo
- 4 educación
- 5 vivienda
- 6 salud
- 7 paz digna
- 8 democracia
- 9 justicia
- 10 libertad

Y de nuevo la rueda de las diez demandas.

VII

LA MEDIA FILIACIÓN DE UN LADINO

Rafael Guillén Vicente,
tamaulipeco y profesor de la UAM Xochimilco:
— subcomandante Marcos —;
la gorra militar, hilacho
con pentangular estrella roja
de plástico.

Una invariable pipa
que humea entre los dientes
(que parece decir

Ceci n'est pas une pipe)

Pero sí es una pipa;
 en las muñecas dos relojes
¿el tiempo occidental y el tiempo eterno?
En la mirada dos relojes.
A veces, lo acompañan también
 el caballo alazán y su AK47
cruzado el pecho con gruesas carrilleras;
barba hirsuta y nariz prominente,
y algunos comandantes,
Tacho, Moisés, Daniel, Ramona,
por supuesto, todos encapuchados.

El subcomandante Marcos:

- Σ Margaritas
- ▷ Altamirano
- ↻ Rancho Nuevo
- Comitán
- Ocosingo
- ∞ San Cristóbal

Es el nombre colectivo de todos los alzados.
«Todos somos Marcos».
Los ezelenitas le agriaron la fiesta al reyecito.
Las maderas preciosas
y la miseria: la cólera y el cólera,
y las brasas de pan vivo
de la amistad y el compromiso:
joyas para la paz
en el tumulto de la guerra, la guerra
de los pobres contra el gobierno de los ricos.
Por eso la Internet: para buscar aliados
en el mundo, para ganar sin sangre

la buena voluntad del planeta;
Marcos es el primer guerrillero posmoderno
cabalgando sobre dos siglos, en horqueta,
esto es realmente lo que no soportan
los escritorzuelos, los delatores
y algunos gobernantes salidos
de las cuevas de Harvard y de Yale
(y de algunas otras sucursales del neoliberalismo)

Este es el testimonio
para los nacidos antes de la muerte
en Chinameca, del general Zapata.

¿Sólo perdón y olvido?

Más bien la otra manera de medir
el tiempo indio.

Sólo recuerdo y justicia,
justicia impostergable, y recuerdo vivo.

VIII

CONVERSACIONES EN LA CATEDRAL

Aquello parecía una fiesta,
era una fiesta.

Los curas, los obispos
se veían en el espejo de los indios:
 traían unas corozas de colores,
unos mitrales gorros puntiagudos
 bordados a la manera
de la tierra: morados, verdes y amarillos
rivalizaban con azules,
y con matices tan extraños
como *nalga de india desmayada*
en la sorpresa del asalto.

También,
sus guayaberas místicas:
obras
de labor tan complejas, que se
necesitaban manos de ángeles
para lograr esas grandes casullas de babero.

Los indios se veían
francamente modestos,
con sus calzones blancos
y algunos sombreros — flamencos de la raza —
con cintajos de lluvia de colores.

Por supuesto que aquella noche era una fiesta,
si no para el *Asesinato en la catedral*,
sí para las conversaciones en el templo:
El arzobispo Samuel Ruiz García, mediador
Dios mediante, y el Comisionado de la Paz del gobierno.

Sotacoro
de cotidiana miga, como en el drama poético
de Eliot: ¿2 de diciembre de 1170;
o 16 de febrero de 1994?

«Quedémonos aquí, junto a la catedral.

Esperemos aquí.

¿Nos empuja el peligro? ¿Es un sentimiento de
seguridad lo que guía nuestros pasos
hacia la catedral ¿Qué peligros puede haber...?»

En T. S. Elliot hablan las mujeres de Cantórbéry.
Aquí, en San Cristóbal, hablan 19 encapuchados
guerrilleros, que dejaron las armas a la puerta
del templo. Tampoco para ellos había tribulación
que no les fuera familiar.

La verdad, es que tampoco nosotros
vemos nada definitivo en el arte
de conversar del gobierno que no entrañe
violencia, hipocresía y corrupción creciente.

Pero las lenguas verdes,
con su oficio de amor o de tinieblas
entretrajieron diálogos
mientras la muerte esperaba a las afueras
de la casa de Dios.

¿Es la paz o la guerra?

Desempolvando viejas toponimias

se acordó un paraje entre

El Bosque, Chenalhó, Chamula y Motontic;

también razones estratégicas

(entre tanto el Congreso echaba a andar

un organismo de interlocución

para los Acuerdos de Larráinzar).

No creo que fuera por don Federico,

jurista y diplomático, más bien oscuro y extraño a su natal

ciudad, sino por don Manuel,

abogado también, ministro de Justicia de Miramón,

miembro de la Junta de Notables:

(las ranas pidiendo rey)

y, finalmente, sirviente servicial

del imperio de Max de Austria.

Olvidaba decir, que escribió un tratado

sobre las *Ruinas y antigüedades americanas*.

Tal vez ésta fue la razón

del topónimhomenaje.

Los indios nombran el lugar: San Andrés Sacam'chen.

IX

LOS ACUERDOS DE LA RAZA

En Larráinzar, se empezaron a litigar largamente
las razones de Estado.

Los indios tenían sus razones.

Fueron broncas polémicas
donde la buena voluntad a ratos se estrellaba
con la enanez del gobernante en turno
(no hace falta manchar, con nombres tales,
la nobleza, el coraje y la rabia
de todas aquellas lenguas desatadas).

Se pusieron de acuerdo.

Hubo, luego, crímenes familiares
entre los dueños del poder y la patria.

(Tampoco nada que enturbiara
la miseria purísima de los indios
y los acuerdos de la raza en Larráinzar)

X

MUERTE DE LAS ABEJAS

La traición vino luego.

Es una página de dolor y de sangre:
un juego de baraja en la concertación
de homicidios: no fue en la catedral,
tampoco en las mesas de diálogo,
fue en una comunidad pequeña, pacífica,
entregada a labores del campo

y a sus inútiles, ancestrales plegarias:
los vaciaron de Dios y del trabajo laborioso
los paramilitares y las guardias blancas.

Fueron los cómplices, la fuerza de reacción
de la policía de seguridad pública del Estado.

¿El gobernador?

Julio César Ruiz Ferro,

que después hizo huida diplomática
con su familia a Londres, hoy habla inglés
y bebe té en dedalitos de sangre y porcelana.
La pisoteada, fue la Ley de Concordia y Pacificación;
la asesinada, la Sociedad Civil de las Abejas
en San Pedro Chenalhó, que hacía oración
en la casa de algún dios distraído
que no llegó a tiempo a la cita.

Fue el lunes 22 de diciembre de 1997
(lo mismo que en Cholula,
hacia cerca de quinientos años);
algunos escaparon de la matanza
escondiéndose, como muertos, debajo de los muertos.

Los españoles de Pedro de Alvarado
ahora eran priistas presbiterianos
azuzados por los municipales.

«Hay familias — decía un muerto escapado —
de las que sólo quedó una casa sin nada».

La matanza comenzó a la diez y media de la mañana,
el comandante de seguridad, Roberto García Rivas,

llegó una media hora tarde
y se refugió en la escuela;

como quien ve llover y no se moja
veía la lluvia de balas:

«Aquí Relámpago quiere comunicarse
con Trueno». Relámpago de indiferencia,
trueno en cielo seco de malvados.

¿Hubo más de cien muertos?

54 se contaron.

Lo cierto es que los asesinos
llevaban más de cien balas cada uno,
fusiles de alta potencia y radios transmisores,
vestían de verde olivo y ceñían la cabeza
con paliacates escarlatas.

Terminó la matanza a las cinco de la tarde en punto.
El recuento de muertos se hizo por etnias poblacionales,
era más fácil que por cadáveres:

Questitic

Qmix

Bajovelitic

Pechiquil

Los Chorros

Canolal

La Esperanza.

En Acteal, vísperas de Navidad

fue el lugar de la tragedia.

En la ermita de paredes de madera

rezaban las laboriosas Abejas

a la Virgen; foquitos de colores

en el país de las grandes hidroeléctricas.

Las Abejas elevaban sus oraciones

a la Virgen y a Dios,

¿a quién y para qué?

El vampiro municipal no oía ni lo que oía,

tampoco se veía en el espejo;

hablaba como una caja de muerto;

tenía olor de carroña,

nubes de moscas le sobrevolaban la cabeza.

¿Cómo dormiré

— si duerme— en las noches,
el vampiro municipal de Polhó?

Los asesinos de Acteal se escondían
detrás de los sacos de café;
los niños sacaban balas de los árboles;
el calor era insoportable,
y el hedor de la descomposición de los cuerpos
se agarraba a la nariz del cerebro;
las moscas eran pertinaces como enjambres
de periodistas.

Se dispuso el altar para la misa del Tatic;

turistas alemanes e italianos

ayudaban a cavar fosas;

la policía se robaba en camiones

los sacos de café;

era ya el 25 de diciembre.

Al fin de la homilía,

el Ministerio Público

empezó la identificación de cadáveres.

¿Al fin de la homilía,

casi después del entierro?

¿Por qué y para qué?

XI

HABLAN LOS ADELANTADOS

Cuando la selva vino en camiones
al asfalto, ya casi nadie se acordaba
de aquella Navidad de horrores en Acteal.

Los partidos políticos se arrebataban la palabra
en el Congreso: ¿debían subir a la tribuna
más alta de la patria los guerrilleros indios?

¿Y sobre todo, ese Marcos, con sus manos de pianista,
que ni indio era?

Todos se vieron mal,
pero más mal se vio el Senado,
con sus barbados senadores,
sus capitanes adelantados

y sus cronistas de Indias:

Gonzalo Fernández de Oviedo

Diego Fernández de Cevallos

Fray Diego de Landa

Santiago Creel,

Diego de Mazariegos,

y algún otro, apoyado en la muleta

de la «Y» griega, y en el «de» genitivo
de su prosapia y pertenencias.

Por fin se destrabó

aquesta bravosa y un tanto ruin
polémica. Subieron los indígenas,

Marcos se reservó para mejores épocas
el honor de no decir palabra.

XII

VOZ DEL POPOL VUH O DEL VARÓN DE RABINAL

Y las mejores épocas
fueron un día después

en la plaza pública,
en el constitucional mercado
del zócalo capitalino.

Allí su oración,
como sentencias del *Popol Vuh*
o del *Varón de Rabinal*

fue una pieza de antirretórica
oficial, impresionante:

nominó a todas las etnias
por sus nombres y por el apellido,
por sus virtudes y carencias.

Los nombres, que es necesario
aprender y rescatar.

Llegamos

Aquí estamos

Amuzgo	Todo esto dice nuestro nombre
Cora	Y más dice
Cuicateco	Pero apenas se escuchaba
Chinanteco	Otro nombre tapaba nuestros nombres
Chocholteco	Aquí venimos a sernos con los que somos
Chol	Somos el espejo para vernos y sernos
Chontal	Nosotros los que somos el color del color de la tierra
Guarijío	Aquí ya no más la vergüenza por la piel
Huasteco	La lengua
Huave	El vestido
Kikapú	La danza
Kukapá	El canto
Kumiai	Aquí venimos a decir ósomosó
Mame	El tamaño
Matlatzinca	La historia
Maya	Aquí venimos a nombrarnos
Mayo	Aquí venimos para ser mirados
Mazahua	Aquí para mirar ser mirados
Mazateco	Aquí es dicho nuestro nombre por nuestro paso
Mixe	Esto somos
Mixteco	Aquí ya no más la pena

Náhuatl	Aquí el orgullo de sernos el color que somos del color de la tierra
Ñahñú	Aquí la dignidad que es vernos ser vistos siendo el color que so- mos del color de la tierra
O'odham	Aquí la voz que nos nace y alienta
Pame	Aquí ya no el silencio
Popoluca	Aquí el grito
Purépecha	Aquí el lugar que estuvo escondido
Rarámuri	Aquí la morena luz, el tiempo y el sentido
Tenek	De muy lejos venimos
Tlahuica	Caminamos tiempo
Tlapaneco	La tierra andamos
Tojolabal	Arco y flecha somos
Totonaco	Viento caminado
Triqui	El corazón y la sangre somos
Tzeltal	El guerrero y el guardián
Tzotzil	El abrazo compañero
Wixaritari	Derrotados nos suponen
Yaqui	Mudos
Zapoteco	Callados
Zoque	Mucho tiempo tenemos en las manos

Tal vez, no somos todos,
algunos se quedaron escondidos
en la mezcla de nombres,
de reinos y de razas;
en las más antiguas familias
yuto-nahuas y olmecas-otomangues;
lo mismo da, es el coro, la letanía
de diez millones de los que guardan
el color de la tierra.

La selva se volvió
con sus caminos a la selva
y abandonó el asfalto.
Se traicionaron los Acuerdos de Larráinzar,
se traicionó la Ley de la Cultura Indígena.
En esto no hay remedio;
todo lo que el hombre blanco toca
y todo lo que toca el político,
que es siempre el hombre blanco:
— ¡oh, Midas de la moral! —
es, finalmente, traicionado.

XIII
COROS DEL ALABADO

Te alabamos, Señor de los indios y los blancos,
y de todas las criaturas malvadas de la tierra;
en todos tus elementos, nacidos mudos
para que los hable el signo de la lengua.
Te alabamos, Señor de las tinieblas,
que de nadie te compadeces, y que hace
tanto tiempo nos retiraste la palabra:
¿con quién hablas ahora y por qué medios?
¿En forma de zarza ardiendo, o en forma de Internet,
envirulado de chistes y de páginas Web
rellenas de cibernética basura?
Te alabamos, Señor, a pesar de la guerra,
en la que se disputan tu cuerpo milagroso
los hijos de Jehová y de Mahoma;
los hijos del Antiguo Testamento,
los descendientes de Abraham
armados hasta los dientes,

y los hijos del profeta,
también hasta los dientes armados,
por obra y gracia de los vendedores de armas,
los que hacen oración en la mesa,
y bendicen el pan, y venden armas;
los anabaptistas y los presbiterianos
neoliberales y neotestamentarios.

Te alabamos, Señor, a pesar del desastre ecológico
del que — por supuesto —
somos los principales responsables.
Responsables: de las especies animales
que todos los días mueren:

del mexicano lobo gris, de las ballenas
asesinadas en sus santuarios por marinos
nipones y noruegos;
de los exterminios masivos de focas;
de los delfines embalsamados
en las latas de atún;
por cierto, ¿de qué privilegio gozan los delfines?;
de todas las frutas y verduras de Arcinboldo
que desaparecen del planeta,
de los aspartames y de los transgénicos
cuyos efectos secundarios ignoramos
y de la capa de ozono raída de aerosoles;
y de la clonación de la oveja Dolly
y de los futuros hombres de fax,
cuando todos seamos irremediabilmente copias.

Te alabamos Señor, aunque no pongas coto
a los misiles Tomahawk
y a las *bombas inteligentes* (que destruyen

hospitales, guarderías infantiles
y asilos de ancianos); aunque no pongas coto
al bioterrorismo del ántrax.

Sabemos que todos somos asesinos,
pero tú, ¿no eres un poco cómplice
por tan duro silencio, haciéndote el muy digno,
mientras aquí, abajo, es un horror, un crimen,
un puritito desmadre todo lo que está pasando?

y para más un ViceCristo inútil,
aferrado al poder de su casulla
y a la intercesión antirrevolucionaria
y anticristiana de sus santos balines.

Por supuesto que reconocemos todas nuestras
ofensas, nuestros pecados todos,
(por que nunca perdonamos a nuestros deudores).

Que la sangre preciosa derramada
de los santísimos mártires caiga sobre nuestras cabezas,
y la Santa María Virgen Madre:
y tu madre también...

nos acoja en su misericordia.

Ésta será la mejor hiperdulía, en tanto
tú decides hacernos un tantito de caso.

Señor Dios Padre, ten misericordia de nosotros.

Cristo Jesús, ten misericordia de nosotros.

Santo Espíritu Santo, ten misericordia de nosotros.

Virgen Bendita, ten misericordia de nosotros

y arreglen ya, por vida tuya y suya,
en quince minutos de eternidad, la cuestión indígena.

Amén.